

Podría una *entrevista* cambiar el curso de la historia...

La entrevista

Una novela de Fernando R. Ortega

© 2005. Fernando R. Ortega. 2005.
Todos los derechos reservados.

© Diseño de la portada y maquetación: Íttakus www.ittakus.com



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.



La redacción de esta novela se inició en un hotel de Irún (Guipúzcoa) y fue acabada en Zahara de los Atunes (Cádiz) en Agosto 2005

A todas las luchadoras
por conseguir su sueño

ÍNDICE

	página
- Prólogo.....	5
- La entrevista.....	7
- Crónica: Lágrimas de ángel.....	34
- Norma.....	35

Prólogo

Muchas veces he fantaseado con la posibilidad de manejar el tiempo y el espacio a mi antojo, sumergirme en épocas pretéritas, manipular la trayectoria de la vida remontándome a esos momentos especiales, casi siempre indetectables, en donde aparecen las disyuntivas que van confeccionando el camino de nuestra existencia.

Cuando hace unas semanas leí el manuscrito que Fernando me presentó, encargándome inmerecidamente el primer juicio de valor, observé la extraña habilidad con que había iniciado un peligroso juego con el pasado. Fernando nos sumerge de forma magistral en una duda histórica, despertando de un inquieto letargo esa angustiada pregunta sin respuesta que invade el corazón de la gente que la amó en vida, o la deseó desde cualquier butaca de cine de barrio. Las últimas horas de la protagonista han pasado a engrosar esa abultada carpeta repleta de misterios históricos. ¿Qué ocurrió la tarde en que esa ella decide poner punto y final a su vida? Las tristezas, las pasiones, las penas, las decepciones, las dudas, las alegrías, las indecisiones, las incomprensiones; torrentes de sentimientos contradictorios se aliaron esa tarde contra las pocas fuerzas que le quedaban. El alcohol, las drogas, los placeres agotados fueron los silenciosos cómplices de un trágico final...¿O tal vez no?

Jugar con el tiempo, el espacio, la vida y la muerte es un entretenimiento que sólo está reservado a los dioses y a los escritores que, como Fernando, nos traen con sus palabras esa energía esotérica de origen inexplicable que llamamos magia. Os aseguro que una corriente eléctrica de extraordinaria intensidad sacudió mi epidermis cuando tropecé con su última página.

Estoy totalmente convencido que en el Westwood Memorial Park, en Los Ángeles, y más concretamente en la cripta 24 del “Corredor de Celebridades”, en este preciso momento su inquilina nos sonríe cómplice, mientras desde la inmortalidad y aleteando sus enormes pestañas lanza a Fernando un dulcísimo beso y un guiño lleno de inmenso y eterno cariño.

Esteban Balagué
Editor/Director
Canallogistica.com

La entrevista

El joven botones subió a mi habitación para hacerme saber que mi taxi había llegado a la puerta del hotel. Hacía calor porque, en el mes de agosto, en esta parte de la ciudad la temperatura comenzaba a subir desde bien temprano y cuando llegaban las seis de la tarde, todavía ahogaba salir a la calle. Era 4 de agosto. Estaba nervioso porque todo debía salir bien. Mi traje de lino no paraba de moverse y por más que sacudía las perneras del pantalón, había arrugas que jamás desaparecerían.

- Señor, su taxi está en la puerta esperando- Era la voz seria y educada del botones.

- Gracias, joven. Por cierto ¿cómo se llama?.

Levantó su dedo y se lo colocó en una diminuta placa que llevaba a la altura de más o menos donde podría caer su corazón.

- Me llamo John Harrys, Señor- Seguía con su voz seria y casi sacada de una profunda vasija griega.

- Perfecto John. Acompañeme a la puerta y obtendrá su propina.

Cuando me abrió la puerta de aquel magnífico Ford negro, no pude contenerme. Sería perfecto para mi visita. Le di dos dólares. Él sonrió y me dirigió una mirada cómplice que dejó claramente entrever que le había resuelto los planes para esa noche.

- Señor, ¿dónde vamos?- me preguntó el enjuto taxista, dándole un golpe a su banderín para poner el taxímetro a cero.

- Vamos al número 2305 de la calle Fiíth Helenal.

El taxista asintió no sin antes dejarse una mirada de sorpresa que le atisbé por el reflejo en su espejo retrovisor. Aquel hombre sabía perfectamente a qué dirección íbamos y quién vivía allí. Cualquier taxista de Los Ángeles había llevado a esa dirección a cientos de periodistas, fotógrafos, directores de cine, productores, cantantes y políticos; aquella mansión preñada de olores embargaba toda la manzana del número 2305.

- ¿Va Usted a verla?- me preguntó casi pidiéndome perdón. Aquel taxista no movía ni un solo de los músculos de su afilada cara.

- Creo que sí. Al menos había concertado esta entrevista hace más de un mes a través de un corresponsal de nuestro periódico en Los Ángeles. Vengo de España expresamente a

realizar esta entrevista. No tengo a ningún compañero que maneje su lengua de forma solvente. El director de mi diario optó por enviarme a mí. Pasé diez años en Tenby un pequeño pueblo al sur de Gales y mi inglés, como verá, me permite defenderme en estos territorios.

- Ya lo veo, Señor. Ese traje no me parecía de aquí; tiene un corte especial. ¿Es Usted entonces español?- preguntó casi sin creerse que su pasajero viniera de tierras tan lejanas.

- Así es. Este traje me lo confeccionaron en Sevilla, en una de las sastrerías más famosas que existen en la calle Sierpes. ¿Conoce Vd España?

- No, Señor; jamás salí de esta ciudad. A veces pienso que debí irme con mi padre cuando nos abandonó a mi hermana y a mí diciendo que se iba a Noruega a trabajar en el salmón. Nunca volvió. Como Noruega está en Europa, pues me imagino que podría haber ido a España.

Rápidamente llegué a la conclusión de que el taxista no sabía a ciencia cierta dónde estaba España. Llegamos a un semáforo y detuvo su limpio Ford. Pegó su barbilla al gran volante negro y resopló.

- ¡Maldito calor!

- No se preocupe -le dije- en breve anoecerá y podrá Usted descansar.

- Sí, señor; me iré a casa a tomarme unas cervezas frías y ver alguna película de esas que protagoniza la gente como la que Usted conoce- dijo en un tono descorazonador.

- Bueno, yo exactamente no conozco a nadie de las películas de aquí. Soy analista financiero, pero como le dije, al hablar inglés, mi director me encomendó este viaje y esta entrevista.

Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos dijera absolutamente nada. Yo miraba a través de la ventanilla del Ford una ciudad que para nada tenía de similar, no ya con Sevilla, Madrid o Barcelona, sino que tampoco se asemejaba a París, Bonn o la mismísima Londres.

Faldas muy ceñidas usaban toda aquella cantidad de señoritas que se paseaban por las grandes aceras de la mágica ciudad que se presentaba ante mis ojos, y ellos, tan encorbatados, pese al calor que hacía. Muchos llevaban unas gafas negras de pasta que impedían verles los ojos y que rápidamente me hicieron pensar que debía llevarme para España, al menos un par de ellas, para mi amigo Esteban, el editor del diario para el que trabajaba, como muestra de mi estancia en Los Ángeles. Estaba seguro que haría de ellas un buen uso sobre todo en aquellas fiestas de la alta burguesía catalana a las que solía ir como hombre de gran influencia. Era el editor del momento y su asistencia era casi de obligado cumplimiento si los ágapes celebrados querían presumir de asistentes de primer orden.

Giramos a la derecha y comenzamos a subir una pendiente.

- En breve llegamos, Señor- me indicó el taxista, dándome a entender que estábamos muy próximos a acabar nuestro trayecto.

- Rápido y corto ha sido el viaje- le repliqué.

Al final de la cuesta, hizo otro giro a la derecha y dirigió su taxi a través de una magnífica avenida con un precioso bulevar cargado de flores amarillas, rojas y malvas que no adiviné a saber de qué tipo o a qué familia pertenecían. Era analista financiero, no floristero, pensé, como perdonándome aquella falta de conocimiento al no saber que flores eran aquellas.

- Señor, hemos llegado- Y dio un frenazo en seco. -Son cuatro con sesenta y cinco, Señor-.

Aquel sobrio taxista escaseaba en relajación facial y presentaba su rostro como un busto de piedra envuelto en muchos grados centígrados.

- Tome cinco y quédese con la vuelta. Ha sido un excelente paseo y Usted posee una gran habilidad para hacer ameno el trayecto de sus clientes. Además me alegro de que sepa Vd dónde está España.

- Señor, gracias. Ha sido un placer- cerrando de esta forma nuestra breve conversación.

Seguía sin comprender muy bien qué era lo que le sucedía a aquel taxista. En Madrid o Barcelona sus compañeros de profesión, les gustaba conocer a sus viajeros, sus intimidaciones, sus lances amorosos, sus negocios y luego, ellos, poder intercambiar experiencias con otros viajeros y parecer hombres de mundo.

Pero aquel taxista me dio la impresión de que al margen de geografía, tampoco estaba muy interesado por la filantropía o por hacer muchos más amigos, al menos aquella calurosa tarde de agosto. Debió ser la ausencia de su padre.

Bajé entre nervioso y agotado de aquel taxi. Seguía haciendo un calor insoportable que me hacía sentir como fluía el sudor entre mis piernas; mi espalda estaba completamente mojada gracias a esos sillones del Ford que eran de algo que parecía cuero.

Me volví a golpear el traje de lino en un último intento, vano por cierto, de quitarme las arrugas de aquel traje color tabaco que traía puesto.

Me dirigí a la entrada y toqué el timbre. Nadie contestó. Volví a llamar. No pasaba nada.

Miré mi reloj y eran las seis. Justo la hora a la que había concertado mi entrevista. Hacía casi un mes que se había cerrado a través, ni más ni menos, que de Al Griffiht, uno de los editores más influyentes de la prensa norteamericana. Recordaba la cantidad de llamadas que tuve que hacer a Nueva York y con la diferencia horaria, a veces tenía que hablar con los compañeros americanos de madrugada. El día que conseguí hablar con Al Griffiht me pareció un milagro. Tras presentarme y relatarle por teléfono mis magníficas relaciones con Esteban Balagué, le indiqué que el director de mi periódico, Manuel Lanza, quería una entrevista con ella. Era a mediados de junio y pretendía tener mi crónica con fotos, para finales de agosto que era cuando más prensa se vendía en aquella apática España, aprovechando las vacaciones colectivas de más de medio país. Parece que ir a la playa o estar simplemente de vacaciones, invitaba a la gente a dirigirse a los quioscos a comprar, sobre todo, la prensa dominical.

Al Griffiht era el editor de cinco diarios americanos con una tirada que casi cubría la población española en su totalidad y estaba muy relacionado con directores y productores de Hollywood. Esteban me había recomendado, sugerido, indicado, que él era el hombre al que había que llamar para conseguir la entrevista. Así sería.

No quería parecer nervioso pero aquella situación sin saber que hacer me estaba alterando. Comenzaba a sentir eternos aquellos segundos de espera a la puerta de una casa desconocida, que estaba a miles de kilómetros de cualquier punto conocido para mí. Me sentía perdido. Oía los latidos de mi corazón. El calor seguía siendo casi insoportable.

Decidido, cogí el pomo de la puerta de la entrada, lo giré; sin darme cuenta ya estaba dentro del patio que precedía a la puerta de lo que era, sin duda, la entrada de la magnífica mansión a la que había llegado. Enormes setos verdes de más de dos metros de altura cerraban perfectamente el perímetro de aquel patio que me pareció el comienzo de un camino aún por descubrir y que me llevaría ante los ojos de aquella figura que tantas veces había visto en la gran pantalla del cine Fuencarral, en Madrid.

Allí, en el patio, volví a encontrarme solo y con otra puerta blanca. No había recorrido más de dos metros de distancia y cada paso se me hacía un camino kilométrico. Veía las baldosas en el suelo guiándome. Observé con detenimiento la puerta blanca; entrada a lo desconocido. Acceso al cielo o tal vez, al infierno.

Pude ver que ésta tenía una pequeña plaquita de bronce que llevaba impresas las iniciales "N.J."

No conseguí resistir la tentación y sin darme cuenta estaba pasando mis dedos por el relieve de aquellas diminutas letras; sentía la impresión en el frío metal de esas dos letras que, sin embargo, eran mi futuro. Me convertí por unos segundos en un lector de braille cegado por el brillo de esa "n" y de esa "j" que me habían hecho realizar, quizá, el viaje más importante de mi vida. -Sr. Griffiht, será la entrevista de mi vida- recordaba.

De repente la puerta se abrió. No tuve más remedio que dar un rápido paso para atrás y colocarme las manos cruzadas, dando la apariencia de que el niño había sido pillado comiéndose un pellizco del pastel recién hecho de la abuela.

- ¿Quién es Usted?

Se atisbó una frágil voz femenina tras aquella puerta. Las sílabas fueron saliendo una a una a través de la pequeña rendija que se entreabría entre el exterior y el interior. El aire y lo desconocido.

- Perdón señorita; soy Roberto Val. Concerté con Usted una entrevista hace casi un mes a través del Sr Griffiht de Los Angeles. Vengo de España.

Intenté, bajando la cara hacia el suelo, poner un tono educado, dejando en el aire un cántico a “mea culpa”. Debí anticipar mi visita con una llamada telefónica desde el hotel.

- Sí, el periodista español. Discúlpeme, me olvidé de su cita. Puede pasar.

Aquella voz, de mujer cansada, agotada, no daba muestras de demasiada efusividad por aquella inesperada visita que incluso, como me había indicado, había olvidado.

Definitivamente la puerta se abrió. Apareció ante mi una mujer envuelta en un alboroz rosa pálido; se tapaba la boca con una de sus anchas mangas ocultando prácticamente su rostro. Su pelo rubio, platino, estaba completamente alborotado y no parecía que llevase despierta mucho tiempo. Era una estampa algo desoladora. Tras muchos kilómetros y varios aviones en un peregrinaje desde Madrid, jamás había llegado a pensar que mi encuentro con ella fuera tan decepcionante. Pensaba en flores, fastuosidad, amplísimos salones, horas de impaciente estancia en veladores a la espera de que la gran estrella saliese a hablar con aquel desconocido periodista español.

Sin embargo, allí estaba ella, delicada como un jazmín a punto de abandonar sus verdes ramas. Voz de una vida en vía de extinción. Cansancio a simple vista. Decadencia de la luz que dejaba de brillar por momentos. Mito humano; más humano que nunca.

- Me acabo de despertar. Perdone esta apariencia. En un segundo me arreglo y estoy con Usted. ¡Roberto! que nombre para un español. Debería llamarse Manuel o José, no Roberto.

La sorpresa por mi nombre me dio la impresión de que le ayudaba a salir de su letargo y por unos segundos vi sus ojos brillar. Comenzaba a asistir a la puesta de largo de mi oportunidad. Se hacía realidad lo intangible. Casi podía alcanzar al icono con mis dedos. ¿Cómo sería el tacto de su piel? me preguntaba. Hice un esfuerzo por intentar comprender su olor. Mezcla entre olvido y pasión, abandono y clemencia.

- No se preocupe; Usted llámeme como desee. Mi padre y mi abuelo se llamaban así y es que en España existe una vieja tradición que invita a poner a los primogénitos los mismos nombres que el padre, el abuelo y así sucesivamente. En realidad creo que es más un acto de pereza que de tradición. No nos complicamos con los nombres- afirmé un tanto desconsolado y entregado a la evidencia del poder de la tradición.

- ¡Español! ¡vino y toros! - gritó ella poniendo un timbre de voz algo chillón. Me desconcertó. Espere que en breve estoy con Usted. Póngase o sírvase lo que crea. En el salón tiene de toda clase de bebidas. Tome asiento. Yo me colocaré en un sillón justo a su lado y podremos empezar la entrevista. ¿No trae magnetofón?

Su voz, por momentos, se asemejaba a un sargento dando órdenes a sus soldados recién levantados en un mañana tórrida de New Orleans. Arriba y abajo. Estoy dormida, ya no. El juego del escondite inglés.

Me había dejado expedita la entrada. Se había ocultado ligeramente tras la puerta. No sabría ir a ningún sitio si ella no me guiaba. Continuaba perdido, desconcertado.

- No, disculpe; estoy acostumbrado a tomar notas en mi libreta. En España los periodistas todavía no gozamos de las bondades de estos adelantos técnicos, como ustedes aquí en Estados Unidos de América.

- ¡Español! ¡qué divertido!

Despierta. Su voz ya comenzaba a parecerse a la que había oído en aquellas versiones originales de sus películas que, en alguna ocasión, tuve la oportunidad de ver en compañía de un hermano de uno de los censores más famosos en España.

En Madrid, si eras analista financiero y contabas con buenos padrinos, era fácil, entre otras, colarse en proyecciones de películas que aún tardarían, al menos dos o tres meses en estar en cartelera y que debía pasar la férrea y destartalada censura. Estaba convencido de que aquellos hombres grises eran incapaces de entender más de dos palabras en una lengua absolutamente desconocida para ellos. Debía acudir a pesadas traducciones y lecturas en off, mientras los actores de doblaje leían con detenimiento los guiones traducidos. Una vez que aquellos barrigudos analizaban en comisiones “por película”, decidían qué eliminar o qué frases cambiar de sentido. Un fraude. Afortunadamente, pude ver muchas películas originales y sin censura, ni de fotogramas ni de frases. Su voz era ya la de sus fotogramas. Amanecía en aquella tarde de Los Ángeles.

Tras la puerta, ella se dio rápidamente la vuelta; dando pequeños saltos abrazándose a su albornoz, desapareció de mi vista. Me quedé inmóvil. No sabía dónde dirigir mis pasos. Sus indicaciones eran señales en morse para un receptor que no sabía más que el “SOS”.

Por la luz que entraba a mi derecha puede intuir que la habitación más grande, podía

estar situada a escasos metros de mí. No había puertas. Comencé a caminar despacio. Cerré tras de mí la puerta con sigilo. Seguía oyendo los latidos de mi corazón. En sólo dos segundos estaba ante lo que intuía podía ser el salón de la casa.

Aquella enorme habitación, estaba algo desordenada. Nada parecía que estuviera en su lugar. Una fotografía desenfocada. El sofá grande que estaba justo en el centro, daba la impresión de haberla acogido toda la tarde en un sueño que debió durar horas por la marca de su figura todavía tatuada en su tapicería. El enorme cojín que habría sido su almohada, guardaba la forma de su cabeza impresa. No había tenido tiempo de sacudirlo. Estaba recién levantada. Había olvidado mi cita. Me sentí ignorado. Era irrelevante mi presencia en aquella mansión.

Los comentarios de muchos de mis compañeros en la redacción me asaltaron. Era un privilegiado. Saldría de España con destino a Los Ángeles, con escalas en Londres y Nueva York. Iba a la ciudad de los dioses. De la mitología del siglo XX. Podría tocar las manos impresas en aquellas baldosas en el bulevar de la fama. ¡Idioteces!. Olvidado, completamente obviado. Jamás había existido en la vida de aquella mujer.

Semanas de preparación, llamadas por teléfono, operadoras, nervios, comentarios, trámites administrativos, visitas a la Puerta del Sol, preguntas, horas dibujando itinerarios en un “mapa mundi” para encontrarla, y de repente, olvidado. Relegado por el sueño, por el sueño de una diosa.

Observando aquel salón, me encontré con un enorme aparador de diseño minimalista americano de principio de los años sesenta, presidido por un enorme espejo viselado con forma de arco de medio punto. Estaba repleto de botellas. Sin embargo muchas de las botellas que había aquel horrible mueble, estaban medio vacías; algunas de ellas no tenían tapón y de los que había, parte de ellos estaban tirados en el suelo. Me imaginé rápidamente que el sueño, largo y placentero, había sido provocado, quizá por un exceso de confianza con aquellas botellas.

Había otro espejo sobre el que descansaban los cuerpos curvilíneos de cristal; estaba lleno de círculos, de restos de otros vasos y otras botellas que ya no estaban. Tuve la impresión de que o había habido una fiesta con muchos invitados o, durante las horas anteriores a mi visita, el contenido de aquellas señoritas tan estiradas unas, barrigudas otras, cuellilargas, la mayoría, habían llenado un importante número de vasos y que mi destartada entrevista, en exclusiva, era su destinataria. Sin duda era la culpable de aquel desorden.

Toqué casi todos los tapones en un intento de averiguar qué deseaba tomar en ese preciso instante. Parecía un zahorí en busca de agua, sólo que en este caso, lo que buscaba era un licor para ayudar a superar este encuentro tan poco planificado a simple vista.

Detuve mi mano sobre una de ellas. Cogí la de Jack Daniel´s. Con mi otra mano tomé un vaso dando un soplo en su interior; parecía que tenía polvo. Acabé con el resto de lo que

quedaba en su interior. No encontré hielo. Le di un trago. La garganta me ardió y con aquel sofocante calor casi pierdo el conocimiento. No era muy bebedor de bourbon.

- ¡Roberto, el hielo lo tiene Usted en la nevera que hay en la cocina!

Había intuido mis movimientos. Conocía a la perfección el ruido que hacía el tapón de aquella rectangular botella de etiqueta impresa en blanco y negro. El ruido del bourbon cayendo a través de aquella enorme boca de cristal. Había seguido en silencio todo el ritual previo a servirlo. Comprendí que era dueña de mis pasos. Se adelantaba a cada uno de mis gestos.

-No se preocupe Señorita, bebo sin hielo.

Era la mejor mentira del día. Magnífico; jamás bebía sin hielo. Mejor dicho: siempre bebía con dos hielos; sólo dos. A veces. No quería moverme de allí. Estaba inmóvil ante tal desbarajuste aparente. Si me movía bruscamente rompería la magia del momento. Tenía la impresión de que algo extraño se podía oler en aquel salón. Quizá una conspiración, la decisión de invadir una isla, un guión maldito...percepciones extrañas entre aquel desorden que sin embargo, por zonas del salón, presentaban una exquisita decoración, muy similar a la europea. Al fondo incluso había una pareja de sillas isabelinas. Extraña mezcla de estilos y culturas. Art nouveau, minimalismo americano y sillas isabelinas. Pero aquella habitación seguía pareciendo extraña. No había flores. Los jarrones que aparentemente debían dedicarse a alojar los obsequios de los miles de admiradores que tenía en aquella ciudad, en aquel país, en todo el mundo, estaban vacíos. No había agua. Está seco. Un salón desértico. El frío de los cristales, espejos, botellas, vasos, invadía la habitación en pleno mes de agosto.

-¿Roberto, de qué parte de España viene?

Se rompía la gélida sensación de un final anunciado. Un salón sin flores. Su pregunta provenía desde alguna parte de aquella mansión que no lograba situar. Era evidente que tampoco recordaba las explicaciones que debió darle Al Griffiht a la hora de concertar aquella visita.

- Vengo de Madrid. Vivo allí. También he vivido en Sevilla y Barcelona- contestaba girándome sobre mi mismo y así hacer llegar mi voz a todos los rincones de aquel salón.

- ¿Barcelona? ¡Gaudí! ¡Dalí! ¡olé!- replicó ella de forma jocosa.

- Así es- cerré el envite a la broma.

- ¡Pero habla Usted muy bien mi idioma!

Volvía a enfrentarme por enésima vez a esa maldita pregunta; me veía obligado, una vez más, a relatar por qué un español, en esos años, hablaba, se podría decir de forma pre-

sentable, el inglés. ¿Era tan extraño?

- Verá- Mi gesto se endurecía por momentos. - Viví diez años en Gales; concretamente en Tenby un pueblo a unos cincuenta kilómetros de Camarthen. ¿Conoce Gales?

- ¡No!; en ese país siempre llueve y todo es muy triste.

Su voz seguía siendo lejana pero podía ver entre las letras de cada una de sus palabras aquella carita de chica medio enfadada que jamás visitaría Gales.

No acababa de oír esa frase, cuando apareció ella, iluminando todo el salón con su belleza natural. Vestía una camisa blanca de algodón; sus mangas eran algo cortas. No llevaba ni pulseras, ni anillos, ni reloj. Brazos y manos libres de decorados inservibles.

Sus jeans eran muy ceñidos; estaban cortados a media pierna, simulando el corte que tenían los pantalones que usaban los piratas en las películas. Me pareció hermosa; débil y frágil. Apoyada con su hombro en el hueco de la inexistente puerta del salón, parecía un ángel caído del cielo. No tenía restos de maquillaje. Su cara era suave. Los comienzos de su mala vida podían verse ya al final de sus ojos. Aquellas ligeras arrugas mostraban cansancio, agotamiento. Mirada desnuda.

Venía descalza. Las uñas de sus pies estaban pintadas de rojo. Sus pies me recordaban a una de sus fotos vestida de bailarina con esa mirada de niña infeliz que usaba en los reportajes e instantáneas más íntimas. Era su regalo para el fotógrafo cómplice.

Los pies fueron siempre una de mis obsesiones. Recordé en aquel preciso instante un poema de un buen amigo mío, famoso poeta andaluz que se movía por los círculos literarios del Café Gijón de Madrid, que incluso había llegado a tener cierta amistad con Sánchez Mazas, que me recitó una noche en la barra de la Cueva de Luis Candelas, en unas de las salidas de la Plaza Mayor, que se titulaba “la mujer de los pies perfectos”. Compartíamos obsesiones.

Ese poema estaba inspirado y se lo había dedicado a una joven amante alemana suya, topógrafa, que había conocido, mientras ella trabajaba en el estudio de la construcción de una presa, en el verano del 58 en la costa granadina. La conquistó recitándole poemas del prohibido García Lorca y que siempre la recordaría por aquella composición: “paseas sobre la perfección, dejas tus pasos sobre muescas de marfil...”

-Roberto, sus pies son perfectos- me decía insistentemente. La alemana de los pies perfectos. Nunca la llegué a conocer, pero leyendo el poema, la imaginaba también descalza, con unos tobillos delicados y sus uñas de rojo. Eterno rojo. Quince versos para recordar una parte de un cuerpo desconocido que ahora también se presentaban, casi rozando la perfección, ante mis ojos. Versos para una vida. Pies de poema.

-Roberto, siéntese aquí, y deje ya de ser tan serio. ¡Quítese la chaqueta! hace calor y sé que pese a que está acostumbrado al calor de España, seguro que el de aquí también lo nota. Bonito traje pero incómodo. Siempre le dije a Joe que estaba mejor sin esos trajes que dejan encorsetados a los hombres y los asemejan al hombre de hojalata del Mago de Oz. “No tengo corazón”- imitó con su voz al protagonista metalizado de la película que en España se había estrenado en pocas salas hacía unos años atrás.

Yo me dirigí al sillón que ella me había indicado y siguiendo sus instrucciones casi con obediencia de un frater-milites, me despojé de mi chaqueta; me aflojé el nudo de la corbata arremangándome la camisa, dejando al aire parte de mis brazos y aliviando en cierta forma, aquel calor. El sillón era amplio y cómodo. De una rara piel blanca. Tampoco logré adivinar de qué animal sería...vaca, camello, cabra, gato...otra vez no sabía algo. Maldita sea era analista financiero. ¿Por qué intentaba averiguar o analizar cada detalle que se presentaba ante mí? Más obsesiones.

- Roberto está muy moreno. Me gustan los hombres morenos. Joe y John eran morenos.

No debaja de mirarme de arriba y abajo. Me analizaba, me excudriñaba con su mirada, sus ojos bailaban al son del norte, sur, este y oeste. Brujuleaba sin parar.

- ¿Eran? Son, diría yo, con todos los respetos.

- Es verdad. Son muy muy morenos. Disculpe Usted joven Roberto español. Me gusta Roberto español.

Notaba por instantes que empezaba relajarse.

- Quisiera empezar con la entrevista, si no le importa.

- ¡Nada! no me importa nada; pero antes de empezar le diré una de mis reglas favoritas: no me llame de Usted. Sólo soy, desde este preciso momento, Norma. Yo te llamo Roberto y tú me llamas Norma. Luego pones los términos de la entrevista con todas esas formalidades ridículas; pero ahora y sólo para tí, Roberto, soy Norma.

Aire fresco para aquella tarde tórrida. Gestos de amistad para un encuentro entre desconocidos. Guiños a un tendido ocupado sólo por un admirador que se sentía privilegiado al estar compartiendo el mismo aroma de Los Ángeles, con un fotograma en color. Fotograma hecho realidad, palpable, tangible.

- De acuerdo...Norma- Casi no me salíó. Me costaba cambiar. Eran demasiadas entrevistas y encuentros con gentes a veces desconocidas, otras conocidas, famosos, políticos influyentes, flores de un día, que no se bajaban jamás de la peana del aquel tratamiento cursi y socialmente correcto. Deformación profesional.

- Disculpa joven Roberto español. No quiero que nadie nos moleste; voy a descolgar el teléfono. Me llamaron para decirme que me habían despedido por abandono voluntario en el cumplimiento de mi contrato. Me pusieron la cabeza loca con no sé cuántos incumplimientos de cláusulas absurdas, de esas que ponen los chupa sangres de los abogados de la productoras de cine. Roberto ¿los abogados son unos chupa sangres?- cerró en seco.

- Norma, no me atrevería a decir tanto. Es cierto que son una extraña profesión. Ellos dicen en su argot que jamás la suma de dos más dos son cuatro.

- ¡Menudos cretinos vestidos con trajes a medida!. Yo hace tiempo que dejé de creer en ellos.

No llegaba a comprender el por qué de aquella afirmación que se salía de nuestro guión. Nadie, quizá era el primero en saberlo, después del director, productor y compañeros de reparto, sabía que había sido despedida. Abandono voluntario. Extraña fórmula. Habían trascendido sus retrasos en el rodaje, sus altibajos, incluso su desnudo, pese a que el director le había sugerido usar un traje de baño color crudo, pero ¿despedida?.

- Norma, antes de seguir y aunque esté en su casa, ¡perdón!, -rectificaba una vez más- en tu casa... ¿deseas beber algo? Estaré encantado de poder servírtelo.

- ¡Roberto!, mi gran Roberto español, ¡qué caballero!, ¡caballero español!, ¡olé!

Volví a repetir aquella expresión castiza y aburrida, que algunos detestábamos. Representaba a la España más casposa y con menos ganas de romper las estrecheces rancias que nos había dejado fuera de la hora buena que marcaban las manecillas del reloj del progreso, la modernidad.

- Gracias Norma. Pero ¿deseas beber algo?- insistía intentando dar un giro a aquel inoportuno y reiterado uso de las expresiones que más detestaba de mi país.

- Sí. Sólo agua. En el frigorífico hay dos botellas de esas tan carísima francesa; son de color verde y si las agitas, como decía el niño con el que rodaba, es ¡agua con pelotitas!

Dejó en el aire una estruendosa y bellísima carcajada. Comencé a ver a la Norma que, hasta ahora, había conocido a través de las enormes pantallas y sábanas blancas de las salas de cine de España. Bella, rubia, espléndida, perfecta. Resurgía mi ángel. La representación onírica de años mirando carteles en blanco y negro, ahora al alcance de mi mano. Desaparecían las dudas iniciales. Sentía orgullo interior de haber conseguido lo que los comentarios insidiosos se dejaron en el aire de la redacción.

El amigo del Régimen se iba de tourné americana, protegido por un alto dirigente, muy cercano a El Pardo, decían. Ahora ya no me importaban aquellas falsas críticas. Probablemente si hubiese tenido un buen amigo cercano a la residencia de su Excelencia, no esta-

ría de analista financiero en un periódico; me habría colado ya o en la Bolsa, en un Ministerio o en una Embajada.

Simplemente estaba donde había soñado tantas veces estar. Nunca me imaginé que me estancia en aquel olvidado pueblo de Gales, cuyas mareas me dejaban asombrado cada día y cada noche, me traerían, tras largas horas de vuelo, a la morada de la mujer de los pies perfectos. Ahora las mareas tenían también su significado. Era la representación de la vida: arriba, abajo; lejos, cerca; el sol, la luna.

Inmediatamente me dirigí a la cocina y abrí el frigorífico que ella me había indicado. Volví a sorprenderme. Estaba casi vacío. Poquísimos alimentos dentro de él. Tal vez un trozo de queso, restos de una lechuga y unos tomates huérfanos en el fondo del cajón de cristal. En la puerta varias botellas. También tumbadas habían dos de champán. Cogí una de esas botellas verdes. La abrí y dirigiéndome una vez más al horrible aparador del salón, se la serví en uno de los vasos limpios que aún quedaban allí.

-Gracias, Roberto español; ¡olé!, los toros, Sevilla, ¡olé!, flamenco, ¡olé!

Reiterada canción de oscuras repercusiones. Exportábamos chicuelinas y sombreros cordobeses. La economía española era mucho más que eso. Volvía el tópico. ¿Sería esa la imagen de España? Tampoco debía importarme demasiado. Estaba en Los Ángeles y allí era casi milagroso encontrar a alguien que supiera exactamente dónde estaba España. Por tanto podía ser más indulgente con aquella retahíla de palabras redundantes, casi desdeñosas.

-Bien Norma, veo que conoces las costumbres españolas. La última persona que me habló de España en esta ciudad, la situó cerca de Noruega.

-Noruega -gritó- ¡que frío, por Dios! Todos los chicos allí llevan cara de enfadados. Seguro que es por el frío.

Su cara de chica sorprendida, provocó la proyección en mi mente de su interpretación acompañando a los músicos más pillos de la historia del cine. Aquella sorprendente cantante que tocaba el oukelele, ponía aquel mismo gesto en la estación cuando el tren dejaba salir el vapor de su máquina. Magistral.

- Sí; yo no estuve nunca en Noruega. El frío no me gustó nunca. Quizá será por lo que pasé de pequeño. En Gales no es que haga el frío de Noruega, pero la humedad se mete en los huesos y por muchas mantas que uses, el dichoso frío no lo espantas. Desde entonces, le tengo miedo al frío; ¡huyo del frío!. Me gustan los paisajes y los ambientes desérticos, secos, con sol.

No recuerdo cuantas horas de sol tuve en Tenby, pero en diez años, no alcanzaba a revivir más de diez o doce días con sol. El color del mar reflejaba el mismo color plumizo que su cielo. En verano, pasábamos horas en la playa, gigante por la mañana y desaparecida

por la noche, muertos de frío, comiendo sandwiches de pollo y jugando al cricket. La arena estaba siempre húmeda, mojada, con ese color que el alvero tiene en las plazas de toros recién regadas.

Por la noches, las sábanas de la cama, bien parecían que acababan de sacarlas de un lavadero junto al río. Nunca tuve ropa seca, niquiera en verano. Odiaba aquellas camisas congeladas, o los pantalones que eran de un tergal recio y pinchaban como unas pencas de cactus y que también rezumaban humedad.

Conseguíamos secarnos algo cuando, mi abuelo, encendía la chimenea por las noches. Mi madre aprovechaba para tender la ropa que debíamos usar el día siguiente junto a la enorme caldera de hierro colado que presidía nuestro salón, para al menos, colocarnos algunas prendas secas. Al día siguiente era inútil. Volvían a estar húmedas.

Fueron diez años duros; húmedos años británicos, pero el aprendizaje del inglés, me llevó dos décadas después a Los Ángeles a entrevistar, a conocer, a tocar a Norma.

La marea, la vida, sube y baja. Frío y calor.

- Lo entiendo Roberto, Roberto español. Eso mismo le decía a Clarck cuando rodábamos en el desierto, aunque me mataba su halitosiss. ¿Sabías que su aliento olía fatal?

- Pues no -aseveré yo-, con bastante sorpresa.

Aquella película me impresionó tanto que no la recordaba en otras proyecciones tan espléndida, pese a lo perdedor de su papel. Rozaba la perfección acompañando a Montgomery y Clarck. Siempre me gustó en papeles de perdedora, de mujer fatal.

Unos de los miles de fotogramas de aquella película presidía una de mis estanterías, repletas de libros y viejos manuscritos heredados, que formaban una magnífica biblioteca. De hecho era referencia habitual en la redacción. Pasaba muchas horas en aquel espacio pequeño, cargado de historia e historias, cuando escribía con mi "Olivetti". A veces me levantaba para fumar un pitillo, y pasaba minutos contemplando la cara cándida de aquella diosa, recostada en el hombro de aquel duro con alitosis.

- Dicen que Olivia le obligaba a besarla con un papel de celofán puesto en la boca para no oler su aliento.

Seguía sin dar crédito a aquellas afirmaciones. Aunque tal vez no era tan raro. Había escuchado algo similar de un rodaje en el que habían intervenido Sara Montiel y Fernando Rey. En este caso, el problema no era la alitosis de Fernando Rey, sino la censura. Un beso envuelto en papel de celofán. Regalo de navidad. Estafa de saldo.

- Norma, es que las actrices de cine, las estrellas como tú, tienen también sus, lla-

mémosle, manías.

- ¡Joven Roberto! me lo vas a decir a mi. Tengo treinta y seis años y no creo que haya nadie con más, llamémosle, manías que yo. ¿Cuántos años tienes?

- Pues me temo que los mismos que tú: treinta y seis.

- Perfecto- Comenzó a reír de forma sorprendente. Un gesto de acercamiento tal vez o una muestra de espontaneidad intimista. - Dos huidos del frío que tienen la misma edad y que comparten asiento en Los Ángeles-

- Será así Norma.

Me mantenía casi inmóvil en mi asiento blanco nieve.

- No me des la razón como a las locas, Roberto español- comenzaba a subir el tono de su voz- Mi gran problema es que siempre me rodeé de personas que me daban la razón como a las locas y sabes, nunca estuve loca. Mi madre lo pasó muy mal en aquel hospital. Nada más. Yo jamás estuve loca. Te he dicho que tengo mis manías, pero ¿qué estrella de este barrio no tiene sus manías? He visto a pomposas ricas llevar a su perrita Lulú al peluquero a hacerle la “paticura” o darle pastillas para que no se pusieran nerviosa. ¿Es que eso acaso no son manías?

Aquellas palabras me dejaron casi sin aliento. Una niñez difícil que salía en un momento en el que comenzábamos a compartir segundos de intimidad. Debía reconducir de la forma más exquisita posible, aquella salida de tono, que quizá, yo había provocado. Me alejaba de la posibilidad de tocar mi sueño. Una tormenta comenzaba a formarse en aquel salón desdibujado. Norma estaba aturdida.

- Sin duda Norma; pero si me permites, después de mi largo viaje desde España y poder conocerte en persona, me gustaría comenzar mi entrevista.

Mi afirmación no era la más acertada, pero trataba de salir de una situación que no había buscado.

- ¡Joven insolente! me parece muy bien. Además quiero salir a dar un paseo por la playa. Mi ama de llaves que está siempre figoneando, ha salido a comprar. Hoy quiero tomar un poco el sol y cargarme de la energía que desprende el mar.

Esa palabra me abría otra puerta para encontrar el argumento perfecto, para intentar reconducir aquella situación que se había vuelto tensa por segundos. El mar; volvía la imagen de la playa de Tenby, sus mareas, la vida. Esta conversación. Allá y acá. Cerca y lejos.

- Así es Norma. A mi me pasa igual. En Tenby quizá era el lugar donde solía sentirme más cerca de mi; en la arena contemplando el océano. Ahora, en España, cuando tengo tiempo, suelo ir también a la playa. En mi país tenemos playas prácticamente vírgenes en muchos puntos de sus costas. En mi tierra de origen, Andalucía, que está situada al sur, tenemos playas con la arena más limpia y dorada que cualquiera de las playas de Malibú.

Todavía era posible escaparse de Madrid y tras muchas horas de viaje, atravesando aquel desfiladero llamado Despeñaperros, con infernales curvas a diestro y siniestro, llegar a tiempo para hablar con los viejos pescadores, curtidos por el sol, que se liaban cigarros con tabaco de Virginia, de la faena del día anterior o de la que vendría al día siguiente, sin prisa, sin tiempo, frente a un mar azul turquesa, cristalino. Era sencillo compartir con las gentes sureñas un buen vaso de vino blanco servido con una medida hecha de latón, llamado “chato”. Un chato de vino blanco y unas migas para poder retornar al irreverente Madrid, gris como los trajes de la policía y tétrico como el dormitorio de su Excelencia, que además dormía en camas separadas y con el brazo de Santa Teresa. España.

- Españolito insolente; sigues con tu técnica de impresionarme.

Se recogió las piernas entre sus brazos. Ahora parecía más vulnerable que nunca.

- Nada de eso Norma. No pretendo impresionarte. Te invito a que visites esas playas. Te encontrarás diferente. Hay gente que llega y que jamás se vuelve a su país de origen. Nuestra tierra engancha, te agarra del alma y te hace prisionera para siempre.

- Sí, mi joven periodista, prisionera para siempre.

Se abrazaba cada vez más y más fuerte. Su cara estaba completamente oculta tras su rodillas. Se partía.

- Pretendes impresionarme con tu traje color tabaco; con esa mirada tuya, tu seriedad. Antes me hablaste de humedad, frío, lluvia y ahora me seduces con sol y arenas vírgenes que te hacen prisionera.

La marea y su mágica influencia, se presentaba de nuevo en nuestra conversación.

- De veras Norma, no pretendo eso que dices.

Por un instante levantó su cara, soltó sus piernas y consiguió sentarse de forma perfecta. Su espalda formaba un ángulo recto.

- Mira. He tratado con muchos hombres en mi vida y se cómo actúan en situaciones como esta. Se ponen tensos pretendiendo impresionar a la chica que quieren conquistar y ahora tú estás pretendiendo eso mismo: conquistarme.

Sorprendente. Sin argumentos. Descabulado. No sabía lo que decir ante aquella situación extraña; de las pocas palabras que habíamos cruzado, ella subía y bajaba en sus preguntas y respuestas, sin mucho sentido, como la marea, saltando de un tema a otro. Hacía cabriolas con su estado de ánimo. Lejana, distante, frágil, cómplice y ahora a la defensiva. Desconcertante. Laberinto de emociones.

- Me harás ruborizar Norma- No podía decir otra cosa.

Volvió a reír. Se tocó la punta de su nariz con su dedo índice.

- No joven españolito de buena planta y rostro serio; nada de eso. Tú tienes muchos kilómetros en tus maletas.

Volvió la calma; era la calma de las puestas de sol.

- Dicho así, lo puedo aceptar. Es cierto. Suelo viajar con bastante frecuencia, pese a que en mi país los medios de transporte y las carreteras dejan mucho que desear. No se parecen a las de este lugar. Los Angeles me ha parecido una ciudad absolutamente nueva e impresionante para mí. España es aún muy diferente y eso que tu Gobierno lleva años pres-tándonos una gran ayuda.

- ¿Mi Gobierno? ¿Tú crees que John sabe exactamente dónde está España?

- Siendo el Presidente, creo que sí; lo sabrá- mi respuesta no parecía ir cargada con la seguridad que aquella pregunta se merecía. Ya sabía que por aquellas tierras, no era habitual encontrar España en el mapa, pero el Presidente seguro que sí lo sabía. Tampoco me importaba demasiado.

- No apuestes por ello. Robert sabe más que él. Por cierto, ¿te llamas como Robert! ahora caigo. ¡Qué bonito nombre el tuyo! Pero en español suena Ro-ber-to.

Su rostro se tornó serio. Descomponía mi nombre en sílabas con aquel acento americano terminando la última sílaba en “ou”, y sin pronunciar demasiado bien la ere inicial. Sonaba simpático mi nombre dicho así. Ella hacía lo difícil fácil, lo serio lo volvía extravagante. Ella y su carrera, en lo más alto, estaban a punto de despeñarse.

- Norma ¿me contarás que ha pasado con el rodaje de tu última película? Antes hablaste de que te habían despedido por abandono voluntario. ¿Que extraña figura jurídica es esa?

- ¡Pamplinas! Tus compañeros se inventan las cosas. Es cierto que llegué un par de veces tarde; George me dijo que así no podía seguir y el otro día recibí una carta de la productora dando por rescindido mi contrato por cese voluntario de mi trabajo. Hoy me confirmaron por teléfono. ¡Qué ridículo! Me obligaron a desnudarme ¿Lo sabías?

- Algo había oído, es cierto. Pero lo que ha trascendido a nivel de los medios es que te ofrecieron nadar con un traje de baño color crudo.

- Así es, pero al final Ellen Arden, decidió lanzarse desnuda a la piscina. Fue divertido.

Volvía a ser la niña pícaro de otras proyecciones. Sonrisa infinita. Sus manos acariciaban sin cesar la piel de su sillón. Se ponía de puntillas sobre sus delicados pies. No dejaba de moverse. Belleza en movimiento.

- Es decir, que no te obligaron a desnudarte, sino que tú tomaste esa decisión.

Acababa de volver a desbaratar la situación. ¿Falta de práctica tal vez? Un analista financiero metido a entrevistador para una sección del corazón. Estaba haciendo el ridículo. La adoraba. Era ella.

- ¡Comienzas a ser impertinente! Me temo que esta entrevista va a acabar antes de lo previsto.

Sentía que su irregular paciencia comenzaba a agotarse. Tal vez no estuviera acostumbrada a ese tipo de entrevistas, en aquella extraña situación. Pero ella con sus largos años de experiencia debía estar preparada para superar envites como el que yo representaba, con la ventaja además, de ser un periodista extranjero llegado de un país en el que tampoco era demasiado importante darle el trato que se merecía.

- Lo siento; creía haber oído que te habían obligado a desnudarte y luego me has reconocido que te tiraste tú solita desnuda al agua.

- Bueno, es probable. Vale, vale, vale- repitió nerviosa y se levantó del sillón. - Me duele la cabeza y necesito tomarme una pastilla. Dame un segundo.

No cesaba de moverse. Sus pasos parecían sin sentido. Estaba desorientada, angustiada. Se tocaba el pelo una y otra vez. Pasos aquí y allí. Vueltas y más vueltas. Mientras, impasible, asistía como un convidado de piedra a ese magistral baile de locos. No encontraba la pastilla. Se perdía más. Su bosque no le permitía ver. Árboles plantados en medio de su salón.

-Tómate el tiempo que necesites. Seguiré esperando.

Desapareció. Se hizo un largo silencio en la casa. Letanía de un silencio amargo. Ausencia de sonidos conocidos. Mientras aquel salón se presentaba otra vez ante mi, como la marea que sube, desdibujado. Casi nada estaba en su sitio. Todos los objetos parecían ocupar lugares poco apropiados para ello; parecía un salón desordenado; no exactamente. Objetos perdidos en el desorden de aquellas cuatro paredes, dejados a su suerte sobre sitios

indeterminados. Nada parecido a las casas españolas; éstas estaban siempre muy ordenadas.

Ella, mientras, regresando, no se detenía; no paraban las manecillas de su reloj. Sonreía; cerraba los ojos; su pelo otra vez. Danza invisible. ¿Dónde estaba la música? Las notas del silencio le ayudaban a oírse. Voz interior que le susurraba “Feliz cumpleaños Señor Presidente”, mientras bailaba el vals de los desesperados.

-¡Ya estoy de vuelta!- salía de su pista de baile. Los músicos pararon de tocar su melodía favorita.

Me volvía a sorprender una vez más; ella se presentaba, de nuevo, con esa inolvidable sonrisa tatuada en su bella y frágil cara; estaba a punto de romperse. Tristeza y felicidad. Arena seca y mojada. Olas que van y vienen. La vida. Su destino.

-¿Hablamos de tus películas?- le pregunté convencido.

-No. ¿Tienes novia, jovencito?- No parecía tener demasiado interés por seguir el guión que yo estaba intentado marcar. Estaba improvisando. Aquello se merecía la espontaneidad de los descabezados.

- No sé por qué te empeñas en llamarme jovencito cuando ya sabes que tenemos la misma edad. Sí, tengo una novia; pero no es nada serio.

-¡Nada serio! Me suena a que no la quieres. Seguro que estás con ella para pasar el rato.

Agria, fría. Gata a la defensiva. Agresión salvaje. Agreste estado de ánimo para respuestas y preguntas sacadas de una caja de sorpresas. Se enfurecía. La aristas de su rostro convirtiéndose en afiladas palabras.

- Nada de eso. De todas formas ¿qué podrías decirme tú del amor después de tres matrimonios y no se cuántos romances?

Golpe bajo. Rompía mis reglas del juego. Estaba a la defensiva.

- ¡Ya está!. Eres un cara dura, un impertinente. No sé que hago perdiendo el tiempo contigo. Me vas a obligar a echarte a la calle con una patada en tu trasero de ejecutivo de la Metro. Esta entrevista ha llegado a su final. Si eres tan amable puedes abandonar mi casa.

Fuego en el salón de los olvidados. Se rompió su frágil estabilidad. Había conseguido sacarla de sus casillas. Error de estrategia novato. Principiante de opereta.

- Lo haré si eso es lo que deseas, pero tú has supuesto que no quería a mi novia. Esa afirmación no es cierta y mucho menos, justa.

- ¿Y qué sabes tú del amor?

Comenzaba a encararse conmigo. Mala cara, desconocida, desencajada. Rostro de hierro.

- Algo sabré, pero me temo que menos que tú

- El amor es a veces una droga de la que es difícil desengancharse.

- Por tanto tú la has probado- afirmé.

- ¿Y quién no?- respondió.

En ese momento una sombra de pesadumbre se alojó en su rostro; dejó las palmas de sus manos apoyadas contra la tapicería del sofá donde estaba sentada. Quería fundirse con aquel blanco, ser blanco, desaparecer. Nube o nieve. Blanco solitario.

- Por amar he perdido a veces la cabeza- sosegadas palabras. - Ahora ya no importa demasiado. No se lleva eso de querer. No se ama. No es lo mismo querer que amar. Amar es intenso, es ver lluvia en un desierto o sol en una noche cerrada. Amar es rozar la locura con una simple caricia en una mejilla o unas manos entrelazadas. Amar es encontrar tu destino en un hombre. Sólo supe amar. Mi destino sin embargo fueron hombres que buscaban en mí algo fácil y rápido. La fama. Mi imagen de mujer frívola no me ha ayudado nada.

Los productores se había empeñado en transmitir la idea de mujer hueca, vacía. Corazón de lata. Personaje fantasmagórico creado a los sones de la Paramount o la Metro. Mentiras de Hollywood. Ídolo de barro. Comenzaba a hundirse en la desesperación de su soledad.

- Pero creo que no eres frívola; quizá das la imagen de fragilidad y eso te hace posiblemente víctima vulnerable frente a los hombres.

Levantó su cara.

- Comenzamos a entendernos joven español. Llevo muchos años luchando por ser una mujer y no una marioneta en manos de las compañías y de las productoras; los hombres jamás vieron más allá de estos labios cuando los decoro de rojo o de estas piernas. Mira mis manos. Ahora tiemblo al pensar sólo en lo que los hombres me hicieron pasar.

Manos desesperadas. Atardecer crepuscular de una imagen en descomposición. Derrota de la razón. Volvía a acariciar la tapicería de su sofá. Se fundiría definitivamente con el blanco de la nada; su nada.

- Las veo. Pero siempre te vi muy cómoda junto a los hombres. Siempre te referías a

ellos como “el hombre de tu vida”, aunque, por ejemplo, con Joe no estuviste más de diez meses.

- ¡Joe!, ¡Joe! Por cierto, en cuanto acabemos, lo llamaré. Da igual que se llame Joe, Robert, John o como demonios se diga ese nombre casi polaco de ese director que ahora no recuerdo.

- O sea que al final, piensas que todos los hombres somos iguales.

- Iguales no; calcados. Parecéis sacados en serie de una fábrica de montaje de la Ford. Un volante, un freno, una caja de cambio y a circular. Máquinas frías como una llave inglesa.

- Exageras, creo.

- ¿Exagero? No sabes nada de la vida, amigo Roberto - Por un segundo me di cuenta que de repente me había quitado todos los apelativos que llevaba media hora sin parar de repetir. Era la primera vez que me llamaba sólo por mi nombre.- ¿Has hablado de esto alguna vez con esa novia que dices que tienes?

- Algunas veces, sí, pero en España los hombres no hablamos demasiado de los sentimientos con las mujeres; es síntoma de debilidad. En España el hombre es muy, como decirte, muy hombre y hablar de los sentimientos es mostrarse algo “débil”, ya sabes, “débil”- le recalqué.

- Pero qué cretino eres; ¡débil! - arrugó su cara poniendo un gesto de burla- con esa cara de caballo pasmado que llevas. Es decir ¡gay! con todas la letras.

- ¡Gay! ¿Qué palabra es esa?

Acababa de asomarme a un concepto absolutamente desconocido para mi. Jamás, nunca, con anterioridad a ese preciso instante había oído esa palabra.

- Además ignorante. ¡Ja!, estos hombres, sois terribles. Gay significa homosexual. ¿Entiendes ya?

- Ahora sí. Disculpa mi ignorancia. Efectivamente en España ese signo de debilidad te asemeja a un homosexual y eso te puede acarrear problemas. Allí tampoco gozamos de esas libertades que hay aquí, en este país.

Malos tiempos para hombres débiles en aquella España de reafirmación patria y varonil. Mujeres en casa y hombres en el bar. Debilidades emocionales envasadas al vacío, que no se vendían en las tiendas de la esquina.

- Ni me hables de política, joven Roberto español- esta vez aseveró con toda la retahíla de epítetos- Con John y Robert, es suficiente; ahora otra vez tú también. Tengo mi dosis habitual de esas tonterías que los hombres os entretiene durante horas y horas, mientras no paráis de chupar esos gordos, negros y malolientes puros habanos que encima fabrican en Cuba donde el pestilente Castro tiene a sus ciudadanos pasando hambre.

- Había oído que tenías cierta afinidad con Castro.

- Ni hablar. Yo no sé nada de política. Me gusta que los ciudadanos, las madres y los padres, puedan darle de comer a su hijos; que salgan de su trabajos y las acompañen a pasear al parque, que sean felices y me temo que eso en Cuba no pasa.

- No diría yo lo contrario. Pero no sé dónde he oído que estabas vinculada con un extraño partido comunista, o algo así.

- Habladurías- Su rostro se volvió taciturno y serio. Desapareció la sonrisa perenne, congelada en su rostro.

- Pues se comenta en Europa.

- Tus compañeros europeos no tienen otra cosa de la que hablar. Preferiría que se dedicasen a esa Reina que parece que se ha tragado el palo de la fregona de su casa. Dicen que cuando llegaba de un viaje oficial saluda a su hijo Carlos dándole la mano.

- Te refieres a Isabel de Inglaterra- afirmé.

- Esa. Mucho sombrerito pero, ¡Dios mío!. ¿Dónde lleva los puntos de su cirugía estética? Quizá en sus axilas- rompió a reír de una forma que no recordada que hubiera hecho antes. Los efectos de algo que se había tomado, quizá.

En ese momento me di cuenta de la inmensa hermosura y ternura que guardaba su rostro, también estaba regada con un poso de tristeza que se veía en el fondo de sus ojos. Era maravillosa. Contradictoria. Indescifrable. Narcotizantes ojos embrujados al calor de unas candilejas ya apagadas.

Comenzaba a sentirme cómodo en aquella casa. Malos espíritus que se iban extinguiendo. Empezamos a respirar un ambiente agradable y tras los primeros momentos dubitativos, incluso tensos, ella parecía sentirse más relajada con aquella conversación. La terapia de la palabra. Medicina con sílabas.

En ese preciso instante me di cuenta de que no había sacado mi libreta de anotaciones y que nada de lo dicho había sido reflejado en un trozo de papel. No tuve ningún problema; no era importante; aquella conversación sabía que jamás se me olvidaría. Tampoco me imaginaba lo que sucedería horas más tarde. La Historia.

- Pero Roberto ¿dónde te has ido de repente?- Mi abstracción pensando en aquel descuido, me había sacado de la escena.

- Perdona Norma; recordaba algunos temas que me dejé pendientes en la redacción antes de venir de viaje a verte y ahora...

- Ya y ahora recuerdas, hablando conmigo, precisamente conmigo, la gran Norma... la gran Norma...

Nuevamente los posos de amargura salía tras aquellas palabras. Aroma a derrota. Palabras encadenadas a una caja de barbitúricos o bañadas en alcohol con sabor a azufre. Melancolía de la soledad perdida.

- Perdona; a veces me ocurre; me lo dicen con frecuencia. Me quedo como ausente en un segundo. Perdón. Al final me parece que es la palabra que más te voy a decir en la entrevista. Perdón - volví a insistir.

- Perdón - melancolía de una palabra - Es tan difícil decir esa palabra. Durante todos mis años de actriz pocas personas me pidieron perdón por sus errores. Fue más fácil impu-társelos a la pobre niña bonita de esa pantalla llena de mentiras. No se preocuparon de por qué podía haber podido errar en una escena o simplemente por qué ese día estaba más triste que el anterior. Nadie me pidió jamás perdón.

Los errores se convierten en moneda de cambio. Nadie tiene su saldo a cero cuando de errores se trata. Ella los cometería pero no se los perdonaron. Jamás la naturaleza envilecedora del ser humano había tratado con injusta irreverencia a aquella mujer de manos temblorosas. Dejada al juicio del espectador. La Historia sería su juez impenitente, intratable, insobornable. Lección aprendida, aunque era demasiado tarde. Errores de una vida que equivalen a pasos en la arena; el perdón y el agua los borra, los purifica. La marea cuando sube destruye los restos de los saltos de los niños. Carreras anuladas por el empuje de las olas. Perdones con sabor a sal. Nada de aquello había sido probado por su dulce boca.

- Lo sé. Es difícil reconocer una equivocación, un fallo, una omisión; somos muy egoístas

- ¿Egoístas? Somos egocéntricos, excluyentes. No queremos saber nada de los demás, sólo estar cómodos. Por eso se fracasa en el amor. El amor con egoísmo es nada, cero. Sólo destrucción, Cuando no se ama no se comparte. Todo es yermo, desierto.

- Pero ¿estás aplicando unos conceptos sociales absolutamente perdidos e inexistentes en estos tiempos que corren?

- Y ¿qué? No me he planteado ser nunca políticamente correcta. Ya sabes mi última actuación...dejó a John y a todos los asistentes boquiabiertos.

La melodía de seducción de aquel “feliz cumpleaños Sr. Presidente” volvía a recorrer los desenfocados ángulos de aquel salón, huérfano de flores.

- Y ¿crees que eso tiene que ver con el amor?.

- Fue un acto de amor- aseveró.

- ¿Quizá acompañado de algo de interpretación?

- Ni hablar. Pocas personas saben lo que he amado y amo a John.

- Pero eso parecía acabado.

- En absoluto. Estábamos en un breve “stand by”. Llegó Robert y los otros dos jamás me dejaron tampoco.

- Es decir ¿no te ha dado tiempo a sentirte sola?

- ¿Sola? Sí. Me siento sola. Siempre he estado sola; hasta creo que moriré en soledad- palabras amargas, cargadas de sentido, preñadas de locura. - Cuando has llegado acababa de salir de un sueño espantoso. Necesito ayuda para poder conciliar mi ligero sueño. No duermo bien. No como bien. No amo bien. No actúo bien. Ya no hago nada bien. He fracasado en todos mis proyectos. No he sido capaz ni tan siquiera de tener hijos o simplemente de poder dormir una sola noche sin tener que despertarme varias veces. Las madrugadas han sido siempre eternas. Una noche llegué a contar mil cuatrocientas estrellas tumbada en una playa cercana a San Francisco. Oí rugir muchas noches y durante muchas horas, las cataratas. Horas de desvelos preguntándome por qué no era capaz de conciliar el sueño si estaba al borde de la extenuación. Tragué mucho polvo ayudando a Clarck y a Mont pero ese rodaje fue espantoso. Los caballos estaban tan nerviosos como yo. Creo que debo ir buscando poder descansar definitivamente. Lo necesito. Estoy cansada de luchar contra todo y contra todos; contra mi misma. Esto es ya un callejón sin salida; un viaje sin retorno. Parece que toca retirada.

Composición musical de la estrofa que está llegando a su fin. Sus palabras me parecían sacados de un guión prohibido, censurado. Era testigo silencioso de una declaración de guerra a la realidad. Las letras de aquella canción ya no tenían interés para esa cantante cansada de que la luz central de un escenario apuntase a su cara desfigurada, rota, agotada.

- Pero Norma eso suena a derrota y precisamente nunca has parecido ser una persona fácilmente derrotable, ni que te vinieras abajo con facilidad- Comenzaba a tragar saliva, el jugo de mis palabras.

- Caretas de una obra de teatro; drama griego en un mundo moderno lleno de candi-

lejas que son de color blanco y negro. El arco iris ya no se qué colores tiene.

Testamento con palabras hermosas, decadentes. La luz de su vela estaba apagándose. Su respiración comenzaba a ser intensa, rápida, alterada, inquieta. Me estaba contagiando. Ya no había marea; estaban aquí los rugidos de las cataratas. Los citó ella. Ella las oyó. Estaban presentes. Allí murió también ahogándose entre la manos de un hombre, otro hombre, en un campanario.

- Norma tú siempre pusiste color allá dónde ibas y si al arco iris le falta un color, tú sabrás inventarlo.

- Jamás. Pura tramoya, maquillaje, guiones...nada. Necesito descansar.

- Creo que a lo mejor no ha sido buena idea esta entrevista. Quizá debí pensar que después de tu último despido no era el momento más oportuno.

Aquella situación se extinguía.

- No te preocupes. Hace ya muchos meses que nunca es ya el momento oportuno.

De repente se quedó callada; un breve silencio. Comenzó a tararear una cancioncilla que no tarde en identificar. Estaba susurrando las notas del “cumpleaños feliz Señor Presidente” que pocos días antes había interpretado ante JFK, y que tanto revuelo político había provocado. Yo pensaba mientras la miraba mover su cabeza al son de aquellas notas musicales, que ese instante era inimaginable verlo en la España del momento, asistiendo junto a Carmen Sevilla, Sara Montiel o Lola Flores cantándole ese cumpleaños feliz al apocopado hombre que dirigía los destinos de mi país.

- Todo fue error. Ahora pienso que no debí dejar que aquel fotógrafo me hiciera las fotografías- dijo ella retomando la conversación que había quedado en suspenso por unos segundos- Todo fue un error.

- O tal vez no. Esas fotos dieron al mundo la oportunidad de conocer a una estrella que, creo, jamás se repetirá.

- No me hagas ruborizar. Conseguirás ponerme colorada...hace tanto tiempo que no recuerdo cuando fue la última vez que alguien me hizo sonrojar...o quizá sí...ese niño.

- ¿Te refieres al de tu última película?

- No, Roberto español- ese apelativo, sus palabras, salían de su boca sonándose ya a cantos de sirena en el mar del silencio. -Recuerdo un día que un niño, debía estar perdido...estaba contemplando un escaparte y de repente noté como me cogían la mano. Por un momento casi me asusté, pensé que sería un perro; pero luego comprobé que se trataba de un niño con una gorra muy grande; casi le tapaba los ojos. Me dijo ¿mamá por qué te has

ido de la tienda?. Me ruboricé, lo reconozco. Me agaché, le levanté la gorra, le di un beso en su mejilla y antes de que yo le pudiera decir que no era su mamá, él me miró fijamente y me dijo, muy muy serio: -señora me temo que ha sido un grave error cogerla de la mano- No pude sino abrazarlo mientras no paraba de reír. Lo tomé en mis brazos y le pregunté por su mamá. Él señaló la librería de unos metros más abajo y antes de empezar a andar hacia ella, su madre ya estaba en el acerado corriendo hacia mí. “Aquí tienes a tu hijo. Me confundió con su mamá”, le dije. Aquella mujer no tuvo ni una palabra de agradecimiento hacia mí. Ni siquiera creo que me reconociera. Eso fue hace más o menos tres años. Ese es el tiempo que llevaba, hasta hace unos segundos, sin que nadie me colocara en el apuro de verme sonrojar. Eres maravilloso Roberto.

Volvía el aroma de su sonrisa. Aquella breve historia hizo que casi me embriagara con su presencia. Una niña con emociones a flor de piel. Sensibilidad atrapada en un saco de tela roto, destrozado, deshilvanado.

- Norma, quizá ha sido el efecto del “directo”. Llevamos casi una hora hablando y ni he empezado la entrevista- Me detuve -Creo que no la voy a empezar. Fabricaré, con retazos de otras frívolas apariciones tuyas, un invento. ¿Quieren verte inventada? pues fabricaré una entrevista, sin fondo, sin análisis que hable de tus gustos, tu clase, tus vestidos favoritos, tus...

- Déjalo; es suficiente. No sigas por ahí. Jamás hablé con un desconocido como lo estoy haciendo ahora. Aunque parece, Roberto, como si te conociera de toda la vida. Te dejas fluir y eso me gusta. Me tranquiliza.

Más mentiras. Ella no estaba tranquila. Estaba agotada. Su máquina se había quedado sin combustible. La marea estaba comenzando a bajar.

- Me parece que no tengo más remedio que reconocer que efectivamente es así. A mí me da la impresión de que en todo esto hay algo que no está en su sitio- Volvía a estar perdido.

- Nada tiene sentido ya. Mírame -estaba radiante con aquella camisa blanca a medio abrochar que dejaba ver una piel ligeramente tostada por los efectos de esos paseos que daba por la playa cercana a su casa- Quiero descansar. Estoy muy cansada.

- Norma, si quieres me marcho ya. Creo que tengo suficiente material para montar esa entrevista. No traje máquina fotográfica porque tenía la intención de poder hacerte una entrevista distinta, usando unas de tus múltiples fotos. Sabes, hay una en la que se te ve con un vestido de bailarina, con esa mirada, la tuya, con las uñas de tus pies pintadas de rojo... es maravillosa. Pensaba ilustrar esta vista con esa foto.

Era la foto que resumía su vida. Bailarina maravillosa que está sentada descansando, con su mirada perdida en el diafragma de su fotógrafo.

- ¡Magnífica idea! Espero que me la envíes desde España con tu dedicatoria. Ahora soy yo la que te pide un autógrafo y que puedas escribirle unas palabras a esta niña que está intentando aprender a vivir, que dejó su inocencia guardada en el armario envuelta en papel de regalo y adornada con bolas de alcanfor. Aposté por el couché y los ocho milímetros y ahora, tras todos estos años, estoy cansada, sin poder dormir y hablando con un periodista español al que no conozco y que, sin embargo, parece como si leváramos toda una vida hablándonos, comunicándonos, mirándonos. Ha sido todo un placer y un honor compartir estos minutos contigo Roberto. Espero con verdadera ilusión esa publicación. ¿Cuándo me la enviarás?

- Pues la verdad es que no lo sé. Esta noche comenzaré a escribirla y una vez la tenga terminada, te la haré llegar desde España. Mañana a primera hora salgo con dirección a Nueva York, Londres y de nuevo en Madrid. Creo que la semana que viene podrá salir publicada; quizá el domingo que es el día por excelencia en que los españoles se dirigen al quiosco y compran la prensa.

- Envíamela, Roberto. Te lo pido de corazón.

- La tendrás, por supuesto. Pero ¡Norma!

No pudo contener las lágrimas. Encerró su rostro contra el muro que formaban sus piernas. Su llanto era amargo. Lágrimas con sabor a vinagre. Vinagre en las heridas. No lo soportaba. Muñeca desfigurada, derritiéndose en la pira de la condena.

No pude resistirme y comencé a acariciar su pelo: trataba de consolarla. Me cogió por la muñeca y comenzó a tirar fuertemente de ella. La abracé con todas mis fuerzas, mientras ella no paraba de llorar. No sabía qué hacer; estaba de rodillas tratando de consolar a una mujer. Yo no estaba acostumbrado a ello. Volvía a ignorar que tenía ante mí. Las eternas dudas; perennes interrogantes sin respuesta. ¿También me había equivocado yo de profesión al ser analista financiero? ¿Por qué no me hice pescador en Gales? No reconocía ni flores, ni tipos de piel, ni sabía consolar a una mujer.

Permanecí abrazado a ella durante varios minutos; su llanto desapareció. Volvió el silencio, el frío. Volvía a ver los jarrones vacíos. ¿Y las flores? El único color que había en aquella silenciosa y mojada habitación era el color rojo de sus uñas, rojo americano, rojo alemán, rojo femenino. Otras vez “paseas sobre la perfección, dejas tus pasos sobre muescas de marfil...”

Me había quedado atrapado en un amasijo de brazos y manos entrelazadas. Seguía inmóvil. Mientras ella no tomara la iniciativa, nada haría yo. Notaba el pulso de su corazón, los latidos de su vida; apretaba un poco más sus manos. Sentía arder mis dedos; su fuerza era casi descomunal. Me desgarraba por segundos.

- Es hora de marcharse- dijo todavía con la cabeza agachada. - Quiero que jamás digas que me viste llorar.

- Jamás.

- Júralo.

- Lo juro por mi honor. Norma.

- Perfecto - y levantó su cara. Su mirada parecía perdida. Barbitúricos y pupilas dilatadas -Venga, vamos; te acompañaré hasta la puerta. Es hora de acabar esta entrevista. Creo que por hoy es suficiente.

Yo no sabía que decir. Mejor dicho, no dije nada. Silencio acompasado por los instantes que comienzan a acabarse. Preferí, simplemente, dejarme llevar, cogido de la mano hasta la puerta de entrada. Ella con sus pasos cadenciosos iban marcando el ritmo de aquella despedida. Abrió lentamente la puerta. Mientas giraba la manivela puede ver que no eran todavía las siete de la tarde. Había estado en aquella casa, con ella, casi una hora.

-Encontrarás una parada de taxi a diez minutos de aquí. Cuando salgas gira a la derecha y camina en línea recta ese tiempo. Verás una parada de taxi. Te llevarán de vuelta a tu hotel.

-Gracias Norma. Gracias por todo. Ha sido un enorme placer- Me tapó mis labios con sus delicados dedos.

- No digas más. Adiós Roberto-

Me besó. Sus labios estaban calientes, duros, a punto de estallar. Elixir de una vida transmitido en un beso que no duraba más de dos segundos. Aquel beso, su beso, se quedaría conmigo para toda mi vida. Acompañaría mi caminar por el resto de mis días. Dos extraños unidos por un beso. Mi destino, mi carácter, fundidos por dos labios que no supieron decirme adiós. Tan sólo hasta siempre.

Aquella tarde fue una tarde muy extraña. No cogí el taxi en la parada que ella me había indicado. Estuve vagando, vagabundeando por las calles de Los Ángeles sin destino fijo.

Tiré mi chaqueta y aquella angustiada corbata en la primera papelera que encontré en mi camino. Seguía haciendo calor. Me quedé exhausto. Seguí la estela que me iba marcando la brisa de la playa. Me quité la camisa. El calor derretía mi sangre. Llegué a una playa. Caminé. Me descalcé. Sentía el calor de la arena. Me sumergí en un bautismo regenerador, purificador. Intentaba encontrar la calma que no hallé. Parte de mi alma se quedó esa tarde allí, entre las paredes de la casa y el mar redentor, ensartada por el beso de Norma. La tarde seguía sofocante. Era 4 de agosto de 1962.

Crónica

Los Angeles

4 de agosto de 1962

Por Roberto Val

Lágrimas de ángel

La ciudad parecía que tuviera unas puertas abiertas que la unieran con el infierno. Hacía una tarde espantosa. Las estrellas recorren casi anónimas las calles de esta ciudad que parece haber sido elegida por esos seres que no tienen sexo y que bautizaron con su nombre los imbricados destinos de miles de personas que ahora se apiñan en torno al sueño de una proyección en 8 milímetros: Los Angeles.

En esta ciudad, entre extraña y amigable, habitan personas que, lejos de ser reflejo de lo que solemos ver en las pantallas de nuestros cines, aparecen como enviados por sus emisarios celestiales y que pese a estar más cerca del cielo que el resto de los mortales son capaces de soñar, reír y sobre todo, llorar.

Esas lágrimas ya no son saladas como las nuestras. Son terrones de azúcar que se deshacen en los cafés que los trabajadores toman en las saturadas cafeterías mientras miran, observan esa caja de zapatos colgada de la pared, albergando la esperanza de cruzarse con ese ángel algún día, de su monótona vida, por la calle.

Pero esa posibilidad también existe. Hay privilegiados, como el que ahora escribe esta humilde crónica que ha tenido la fortuna de cruzarse con un ángel en su vida.

Vine a esta ciudad con el encargo profesional de entrevistar a una estrella. Y sin embargo me encontré a un ángel. He hablado y he sido besado por una emisaria del Dios Todopoderoso. Acaricié sus frágiles cabellos cargados de amor y pude incluso besar esa imagen que cuando se acaba el rollo de la proyección se queda grabada en nuestra mentes, mientras esperamos la reposición del segundo rollo y que la proyección continúe. Mucho calor. Pero calor humano. Figura de cera, con corazón de ángel. Manos capaces de rescatar a niños perdidos en la inmensidad de las calles que se preñan de famosos, escondidos tras su enormes gafas de sol.

Vine a hacer una entrevista y envió una crónica. Una entrevista deja de tener sentido cuando descubres que tras el personaje hay una persona. Su corazón se oirá a través de las letras de esta crónica. Crónica de que todo camino, después de un largo recorrido se acaba, se agota, como se agotan las fuerzas cuando pretendes salir de un pozo sin agua y pese a gritar, nadie te oye.

Este ángel no ha sido oído; cayó en un pozo del que no podrá salir. Deberá seguir llorando y conseguir llenar ese agujero negro con todas sus gotas. Podrá salir sola, nadando en su propio llanto. Lloro con ella. Lloro por ella. Ahora amo más a Norma. Norma Jean Baker.

norma

¡pobre niña infeliz!
infeliz vida
iluminaste las noches sagradas
de mi encuentro con la pubertad
abandonando con pasos cadenciosos la niñez
imaginando a la sombra
de tu perenne figura en blanco y negro
películas en cinemascopio
proyectadas en color
sobre de la pared de mis sueños;

compañera de desvelos amorosos
sin dejar a la soledad
el destino de mis insomnios juveniles;

triste mirada acompañada del señor gable
que preside tu balcón frente a mis hombros;

norma
¡encuádrame en el próximo fotograma
encarcelándome en tus barrotes de ocho milímetros!

© del mismo autor

El autor

Fernando R. Ortega
Murcia, España, 1969



Licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra. Dirige la sección de Derecho de Tráfico y Circulación de www.juridicas.com (Ed. Bosch) y colabora con numerosos medios de comunicación del sector del transporte y la logística. Asimismo es asesor jurídico del programa «El público» de Canal Sur Radio (radio pública de Andalucía), columnista de Marqueze Telecom, Data-Red y es Director de Comunicación de Thursday® y CLCN.

En la revista Viajeros (www.revistaviajeros.com), posee la sección “El pupitre” y dirige Íttakus, la editorial Publicatuslibros.com y la revista “Comunicando”.

Es miembro de Claustro Poético de Jaén donde además forma parte del Consejo de redacción de “Claustro Poético Virtual”.

Fue autor seleccionado para la antología “Poéticas desde la postmodernidad” (Editorial Lordbyron. Lima - Perú 2005) y es autor de numerosos poemarios, como “Extractum” (publicado en Badosa.com), “Visiones” (también disponible en Badosa.com), “Galería de pasiones” (publicado en yoescribo.com) o “El álbum de fotos”, entre otros.

También es autor de los relatos “Calor” o “La nave”, el ensayo “Diez soledades de un ejecutivo” o la novela “La entrevista” que ahora nos presenta.

Sus últimos poemas han sido publicados en la revista Realidad Literal.

